

El conflicto paterno filial y el Mediador.

Dijo Dios a su hijo:

-Mira como esos pobres hombres continúan disputando por un trozo de pan cuando ya están hartos: podrían descansar como el león cuando ya ha matado y comido; podrían doblarse ante el huracán cuando no se le puede resistir. Pero no: ellos tienen que inventar un nuevo problema cuando han resuelto el anterior.

Y respondió el Hijo:

-Tú les has hecho libres y les has dado un cerebro enorme, capaz de inventar un lenguaje de símbolos o de imaginar la forma de los planetas o de crear armas de bronce más crueles que los dientes del cocodrilo.

El Padre:

-Tienes razón. Pero ellos hablan y hablan y no se entienden mientras cualquier pajarillo se comunica con sus crías sin ningún equívoco. Y todavía creen que la tierra es plana. Y utilizan la libertad para escoger el camino más despeñado de los que se ofrecen ante ellos.

El Hijo:

-Yo podría bajar con ellos e intentar ayudarles a escoger el camino sencillo.

Y el Padre:

-No, no.

Y pasó el tiempo, y el Padre y el Hijo veían lo que ocurría en el planeta Tierra y reían con los aciertos de las hormigas y las abejas y con los despropósitos del hombre; y lloraban con el sufrimiento de los ratones y de los esclavos y de los bosques destruidos por el fuego.

Y el Hijo insistió.

-Padre, ¿no cambiarás de idea sobre mi descenso al planeta Tierra?

-Hmmm, dime, ¿dónde habías pensado bajar?

-Pues me gusta América; justo al norte de la cintura de ese continente hay una tierra elevada y a la sombra a su vez de grandes volcanes.

-No: no quiero que te pongan sobre una piedra y te arranquen el corazón y además se inventen que lo hacen en homenaje a su dios.

Y pasó más tiempo y el Hijo siguió insistiendo.

-Podría bajar a un sitio que llaman Hispania; ya sabes que allí están los romanos, pero también hay mucha gente sencilla que intenta mantener sus costumbres viejas.

-No: temo que cuando intentes sacarles de sus errores te envíen a la hoguera.

Y esta vez no tardó mucho el Hijo en replantear el asunto:

-Creo que tengo el sitio ideal: son una gente muy inteligente y valiente y son muy tenaces; el lugar está al oriente de un mar precioso que va desde Hispania hasta Fenicia. Y ellos te adoran: dicen que son tu “pueblo elegido”.

-Esos son iguales que los hispanos o los mexicanos: han inventado todo tipo de falacias sobre mi relación con ellos; hasta han llegado a decir que les he hecho “a mi imagen y semejanza”.

-Pero....

-Nada, nada, no voy a permitir que caigas en las manos de esos hebreos fanáticos.

Pero entonces intervino el Espíritu de la concordia y le sugirió al Padre:

-Anda, más te vale dejarle que haga lo que desea; si te niegas cada vez lo deseará con más fuerza; y cuando antes baje, antes subirá otra vez.

-Hmmm.... Bueno, puede que tengas razón.

Y así fue que el Hijo bajó a Nazareth de Galilea, en Palestina.

(continuará).

II

Ya de vuelta con el Padre, este se interesó por detalles de su aventura terrestre.

-Pero, Padre, tú lo has visto todo a medida que iba ocurriendo.

-Sí, sí, pero quiero oír de tus labios todas esas cosas, aunque ya las haya visto en directo.

-Y ¿por dónde quieres que empiece?

-Háblame de esa chica amiga tuya, la de Magdala.

-Tú sabes, Padre, que yo puedo controlar un dolor de muelas; lo puedo igualar a lo que siente un árbol cuando le cortan sus ramas para podarlo; pero te puedo asegurar que después de un par de noches medio en vela con ese dolor sordo te entran ganas de cualquier barbaridad, incluida la de cortarte la cabeza para arreglar el problema.

-Sí, lo comprendo.

-Pues yo podía controlar perfectamente mis sentimientos cuando paseaba junto a ella una tarde cálida bajo la sombra de los cedros. Tú sabes que yo también podía controlar el flujo de mis palabras; y que ella era muy parlanchina y tocaba todos los temas, incluido lo divino y lo humano; y que ella accionaba mucho con las manos y que a veces golpeaba en mi brazo con sus dedos o con su muñeca o con su codo.

-Sí, lo recuerdo.

-Pues yo sentía con el contacto una alegría tal que perdía la conexión con la realidad; dejaba de sentir las piedras del camino que pisaba, dejaba de ver las aguas del arroyo próximo; incluso dejaba de oír las palabras de María; tan solo sentía el fluír del agua en mi interior; no sé si me entiendes.

-Te entiendo, te entiendo. Oye, y ¿qué tal te entendían tus amigos? Ya sabes, Pedro, Juan, Mateo...

-Pues mira, a su manera, pero me entendían perfectamente. Alguna vez hemos hablado de lo que hizo Platón con Sócrates: ponía en boca del pequeño hijo de la comadrona cosas que este jamás hubiera pensado.

-Sí.

-Pues, como te decía, mis amigos me entendían a la perfección; es verdad que Juan multiplicaba por cien o por mil mis palabras; y, claro, el resultado tenía un color y unos detalles que yo nunca le hubiera dado.

-¿Y Mateo y Pedro?

-Mateo era una esponja, siempre esperando mis ideas para recibirlas tal cual eran, sin añadir ni quitar nada por su parte. El cerebro de Pedro, por el contrario, estaba preparado para deformarlo todo a su gusto y al gusto de sus prejuicios. Pero yo siempre conseguía al final que me entendiera. Perdóneme la inmodestia, pero si Sócrates era capaz de hacer que la idea correcta brotase en la mente de alguno de los jóvenes asnos que le rodeaban, pues yo también podía.

-Pero luego vendrán otros que...

-Sí, los dos los sabemos: vendrán los manipuladores y los que quizás son aún más fuertes, los que acabarán por conseguir que las viejas ideas sobre Tu persona, tras un periodo de obsolescencia y caducidad, renazcan con más vigor.

-Bueno, en su momento ellos se relacionaban así conmigo...

-Tienes razón.

-No te pregunto por el enemigo de tus amigos, por el griego.

-Ya sabes de mi viaje a Tarsos. Caminar es una de las cosas que más me han gustado, aunque si hubiera podido montar en bici...

-¿Cuánto tardaste?

-Ya lo sabes: a base de 70kms al día, en 12 días me planté allí; destrocé las sandalias, pero las piernas funcionaron de maravilla.

-Y volviendo al griego...

-Bueno, coincidí con el en una reunión y, la verdad es que tuve que contestar algunas cosillas que dijo algo a la ligera; nada más.

-Volviste por mar.

-Sí, fue mi pequeña vuelta al mundo; me ocurrió como con la bici, me hubiera gustado hacer la de Elcano y Magallanes, pero para eso falta mucho todavía.

-Tampoco te pregunto por María y José; no me hace falta.

-No.

-Aclárame eso que dijiste de "los últimos y los primeros".

-Antes me permitirás que te cuente sobre los dos ladrones que me acompañaron en mi último día.

-Sí, claro.

-Pues uno de ellos se lamentó de su mala suerte: parece que se dedicaba a negocios turbios y le pillaron justo cuando había amasado una pequeña fortuna y estaba a punto de transformarse en un hombre rico y poderoso. Al menos, eso creía él. Fue el primero de los tres que se vino abajo físicamente.

-¿Y el otro?

-Ese no se quejaba; era un ladronzuelo que toda su vida había estado en situación apurada; entraba en la cárcel, salía, volvía a robar; y así hasta que acabó en la cruz.

-Ya sé que no le dijiste aquello de “hoy estarás conmigo en el paraíso”.

-Pues no, no lo dije, así es.

-Y sobre los últimos y los primeros...

-Pues mira, es algo que me fue impregnando a lo largo de mis días: el éxito transforma a las personas en cosas muy variadas, desde la vanidad estúpida hasta la falsa modestia, pasando por la intolerancia más feroz, pero lo que yo no podía evitar era mi absoluta falta de interés por ellos; y creo que provocan en todo el mundo la misma reacción; lo que pasa es que las personas del común tienen que ocultar su desprecio por los triunfadores.

-Hombre, no estoy de acuerdo contigo.

-Déjame seguir. Con la que gente que fracasa, la gente que sufre, sucede lo contrario: los habrá que se enriquecen con el sufrimiento; los habrá que se enrocan en el odio y la venganza; pero en todos ellos, bajo la suciedad, bajo los malos vestidos, debajo de su fragilidad, hay algo que mueve a la simpatía de modo imperativo; me atrevería a decir que después del dolor, debajo de la desgracia, está la belleza.

-Claro, y detrás del triunfo acude la fealdad más horrenda...

Y aquí intervino el mediador:

-Vaya, parecéis griegos discutiendo por el punto fino. Los dos sabéis que en la rueda de la vida es muy difícil separar a los últimos de los primeros. Y no os quiero adelantar los versos de Manrique; aquello de “y llegados son iguales los que viven por sus manos y los ricos”.

